

EL PSICOANÁLISIS EN LA UNIVERSIDAD

Iván Sandoval Carrión

abcedario Freud ↔ Lacan

junio de 2022

INTRODUCCIÓN: Este escrito fue presentado el 13 de octubre de 2011 en el III Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Psicología, organizado por SOLEPSI Sociedad Latinoamericana de Estudiantes de Psicología, que se desarrolló en Quito. Lo comparto porque pienso que este escrito mantiene actualidad y podría tener interés, particularmente para los jóvenes universitarios interesados en el psicoanálisis y para algunos de los menos jóvenes.

El asunto de la relación entre el psicoanálisis y la universidad -al igual que los grandes temas que conciernen al psicoanálisis- fue primero abordado por Sigmund Freud en una revista médica publicada en Budapest en 1919. Es importante el hecho de que el breve texto de Freud formaba parte de un número especial de la revista que analizaba las reformas al pensum de la formación médica en las universidades húngaras de la época. Es decir, que la primera discusión sobre la utilidad de integrar el psicoanálisis a la enseñanza universitaria se plantea en torno a su posible valor terapéutico para los médicos. Este “origen” de la relación entre psicoanálisis y universidad es significativa, y no es ajeno a las dificultades que posteriormente sobrevendrían para el desarrollo del movimiento psicoanalítico en el mundo.

En el mencionado escrito, Freud empieza señalando en un primer punto, que si bien dicha inclusión supondría una “satisfacción moral” para los psicoanalistas, estos pueden, sin embargo, “prescindir de la universidad sin menoscabo alguno para su formación” (Freud, 1919/1976a, p. 169). El autor añade que “las asociaciones psicoanalíticas deben su existencia, precisamente, a la exclusión de que el psicoanálisis ha sido objeto por parte de la universidad”, y “... seguirán cumpliendo una función útil mientras se mantenga dicha exclusión” (Freud, 1919/1976a, p. 169). Lo expuesto por Freud en estas primeras líneas obliga a un comentario.

El problema de la exclusión de origen, no tiene que ver solamente con aquella de la que el psicoanálisis fue objeto por parte de la universidad, sino también con la exclusión en la que el psicoanálisis se colocó respecto a la medicina oficial desde el comienzo del descubrimiento freudiano. Recordemos que, aunque Freud era médico y su primera clínica con las histéricas perseguía una finalidad terapéutica, su procedimiento y la teorización sobre el mismo le granjeó inmediatamente la desconfianza y la marginación de la clase médica de Viena, incluyendo el distanciamiento de su amigo y primer colaborador, el médico Josef Breuer.

Deben existir razones conceptuales, además de las históricas, que nos permitan entender esta exclusión original. En un sustancioso estudio sobre la formación de los analistas, Moustapha Safouan, nos da una pista sobre una diferencia fundamental entre esta formación y la enseñanza universitaria. En la introducción de su trabajo, Safouan nos explica que la formación analítica “no tiene nada que ver con la transmisión de un saber” (1984, p. 12). Safouan ubica la práctica de la transmisión de un saber en el seno de la universidad, como el procedimiento que

permite enseñar y formar a profesionales y técnicos en diversas disciplinas, sin necesidad de plantearles la pregunta por su *deseo*.

Es decir que la “vocación de ser médico, ingeniero o psicólogo” no es exactamente lo mismo que el *deseo*, entendido como una categoría conceptual psicoanalítica. La formación psicoanalítica pasa por la condición de que el candidato atraviese por un proceso analítico propio, en el cual se pondrá en cuestionamiento su “supuesto deseo de ser psicoanalista” igual que si fuera un síntoma cualquiera, puesto que el “deseo de ser...” no es lo mismo que el *deseo* en tanto “la falta inscrita en la palabra y efecto de la marca del significante en el ser hablante” (Vandermersch y Chemama, 2004, p. 138). Es decir que el *deseo* es el efecto de nuestra represión primordial, de nuestra constitución como sujetos del inconsciente, y es aquello por lo que la universidad no interroga a los aspirantes a profesionales para autorizar su ingreso a los cursos y su titulación posterior.

Esto implica que si bien el psicoanálisis nace como una terapéutica para los afanes médicos de Freud con sus primeras históricas, la conceptualización que el mismo descubridor realiza sobre su clínica lo lleva a proponer una teoría que no se ciñe a los cánones de una ciencia susceptible de enseñanza universitaria que se ahorre el cuestionamiento del inconsciente de quien la practique. Esta dificultad nos lleva al segundo punto del artículo del Freud, en el que él se pregunta si la universidad “está dispuesta a reconocer al psicoanálisis alguna importancia en la formación del médico y del hombre de ciencia” (Freud, 1919/1976a, p. 169). Para plantearlo de otra manera, y más allá de su valor terapéutico: ¿Es el psicoanálisis una ciencia? ¿De qué tipo? ¿Qué es el psicoanálisis si no es una ciencia?

Excede al propósito de este documento la intención de discutir y dilucidar si el psicoanálisis es una ciencia, por la complejidad del tema y porque la universidad no exige que todas las disciplinas que alberga tengan un estatuto científico plenamente establecido, empezando por la misma psicología. Más provechoso para esta exposición resulta proponer al psicoanálisis como un *discurso*, definido por Jacques Lacan en el Seminario XVII como “una estructura necesaria que excede con mucho a la palabra, siempre más o menos ocasional” (1992, p. 10). En el psicoanálisis, el concepto de *discurso* no se restringe a las palabras enunciadas por alguien, sino que es una organización de elementos, que de acuerdo a su posición, da cuenta de manera específica “de las relaciones del sujeto con los significantes y con el objeto que son determinantes para el individuo y reglan las formas del lazo social” (Vandermersch y Chemama, 2004, p. 168).

De acuerdo a lo que Lacan despliega en el Seminario XVII, existen cuatro discursos básicos, a saber: el discurso del amo, el discurso de la histórica, el discurso del psicoanalista y el discurso de la universidad. Los cuatro resultan de la rotación de cuatro letras o *términos* a través de cuatro lugares fijos o *posiciones*:

agente → otro
verdad producción

El discurso del amo sería el discurso básico que sostiene el lazo social y del que se obtienen los tres restantes mediante sucesivas rotaciones de las letras de un cuarto de vuelta a la derecha. De esta manera, el discurso del psicoanalista está al reverso del discurso del amo, como se muestra en el esquema (Lacan, 1992, p. 73):

| | |
|---|---|
| $\begin{array}{c} \underline{S1} \rightarrow \underline{S2} \\ \$ \quad a \\ \text{Discurso del amo} \end{array}$ | $\begin{array}{c} \underline{\$} \rightarrow \underline{S1} \\ a \quad S2 \\ \text{Discurso de la histérica} \end{array}$ |
| $\begin{array}{c} \underline{S2} \rightarrow \underline{a} \\ S1 \quad \$ \\ \text{Discurso de la universidad} \end{array}$ | $\begin{array}{c} \underline{a} \rightarrow \underline{\$} \\ S2 \quad S1 \\ \text{Discurso del psicoanalista} \end{array}$ |

En donde S1 es el primer significante, “el significante amo que apunta a obliterar la falta, que pretende ser la garantía del proceso de cubrir esa falta” (Verhaeghe, 1999, p. 137). El término S2 es “el nombre del resto de los significantes, de la cadena o red de significantes... el nombre del *saber* contenido en esa cadena”. El término \$ es “el sujeto dividido” y el término a es “el objeto perdido y el plus-de-gozar”.

El discurso del amo tiene varias formas, de las cuales *el saber* es la primera (Lacan, 1992, p.32), y luego está el discurso de los filósofos, el discurso de los científicos, el de los médicos, y todos los discursos que se presentan como unitarios, carentes de falta, donde todo funciona bien apoyándose en el saber. El discurso de la universidad es aquel que habla desde el saber, pero que está apoyado sin saberlo en el significante del amo, es la forma *light* del discurso del amo. El discurso de la histérica es el que se enuncia desde el lugar del sujeto dividido que ignora lo que produce su falta, y que se dirige al amo en busca del saber que él cree que obturará su falta. El discurso del psicoanalista está en el reverso del discurso del amo, es el discurso donde el sujeto \$ se ve confrontado a su falta y al objeto causa de su deseo, el objeto a.

Si el discurso del amo es 180 grados inverso al del psicoanalista, y el discurso de la universidad se sitúa en una posición intermedia entre los dos, eso nos permite volver a la idea de que hay razones estructurales, de discurso, además de las históricas, que explican cómo el psicoanálisis estuvo desde el origen excluido de la universidad, de la medicina, de la ciencia y de todos los saberes en los que se apoya el discurso del amo. El discurso del psicoanálisis no es un discurso del saber científico, técnico o académico; sin embargo, en tanto teoría y saber sobre el inconsciente freudiano y lacaniano que es indisociable de una clínica, ha producido un corpus de nociones, conceptos, hipótesis y teorías, que podrán enseñarse y transmitirse como un saber.

Por otra parte, si el significante *análisis* viene del griego *analuein* que significa “desligar” y “disolver el vínculo” (Derrida, 1997, p. 16), en el discurso del psicoanálisis hay algo que opera en sentido contrario al discurso del amo, que es el que convoca y sostiene el lazo social. Quizás por ello y por la posibilidad de que el corpus de las categorías nocionales y conceptuales del discurso psicoanalítico pueda

ser enseñado, hay lugar para el psicoanálisis en la universidad, pero desde una posición muy particular, que es una posición algo marginal, de borde o al sesgo. De esta manera, en el texto freudiano que invocamos al comienzo de este documento, el padre del psicoanálisis examina la posibilidad de que su descubrimiento pueda enseñarse en las escuelas de medicina, como un saber teórico que aporte algún beneficio a los médicos y a los psiquiatras, que ya en ese tiempo tenían una formación casi exclusivamente biológica.

Freud tenía además la expectativa de que la presencia del psicoanálisis en la universidad y en la formación de los médicos pudiera aportar “una unión más estrecha entre la ciencia médica y las ramas del saber que corresponden al ámbito de la filosofía” (Freud, 1919/1976a, p. 171). Aunque el psicoanálisis no es una filosofía, en este comentario freudiano hay una crítica implícita a la formación médica tradicional como una enseñanza que se ha perfilado desde la antigüedad casi como una tecnología, despojada de todo interés y reflexión por los temas de la sociedad, la cultura, las letras y la reflexión filosófica.

Aunque Freud aboga en este pequeño documento por la presencia del psicoanálisis en la universidad, no deja de advertir que “su enseñanza sólo podrá tener carácter dogmático-crítico, por medio de clases teóricas, pues nunca, o sólo en casos muy especiales, ofrecerá la oportunidad de realizar experimentos o demostraciones prácticas” (Freud, 1919/1976a, p. 171). A pesar de que el psicoanálisis ha tenido un lugar en las universidades de diversos lugares en el mundo occidental después de esta advertencia de Freud, la misma nos advierte sobre las diversas dificultades y vicisitudes que ha tenido esta presencia con posterioridad y hasta el momento actual. A continuación haremos una revisión de estos problemas:

En primer lugar, está el asunto de las relaciones entre el psicoanálisis, los médicos y la formación médica en la universidad y fuera de ella, una relación compleja y llena de desencuentros, más allá de lo que se podría suponer por la relación que ambas prácticas tienen con lo terapéutico. Aunque Freud no desestimaba la utilidad del psicoanálisis para la formación médica de su época, al mismo tiempo era consciente de la enorme resistencia que los médicos presentaban al psicoanálisis desde su origen, como lo recapitula en un escrito de 1924 llamado *Las resistencias contra el psicoanálisis* (Freud, 1924-25/1976b). En ese documento, el autor propone que las dos grandes resistencias contra el psicoanálisis provienen de la medicina y de la filosofía.

Aunque el psicoanálisis nunca fue incorporado de modo consistente y duradero a la formación médica general, sí lo fue a la formación de postgrado de los médicos psiquiatras en muchos lugares, durante la primera mitad del siglo XX. Se pensaba en ese tiempo que el psicoanálisis aportaba una comprensión estimable del funcionamiento de la mente y de la génesis de los cuadros psicopatológicos, y además proporcionaba un recurso terapéutico valioso mediante la formación psicoanalítica propiamente dicha. Por este motivo, el grueso de los psicoanalistas provenía de la psiquiatría, en esta época. Además, un sector importante de la psiquiatría tenía una orientación “psicodinámica”, como llamaban los psiquiatras a esa posición influida por algunas nociones y conceptos tomados del psicoanálisis.

El descubrimiento de la psicofarmacología moderna, desde mediados de la década de 1950 ha ido modificando de manera irreversible esa relación entre psiquiatría y psicoanálisis, porque la expectativa terapéutica de los psiquiatras se ha desplazado casi por completo a lo que puedan esperar de los medicamentos. Al momento actual, la psiquiatría no apela al psicoanálisis casi de ninguna manera y cuando requiere alguna intervención psicoterapéutica acude a la *psicoterapia cognitivo-conductual*, a la que considera verdaderamente científica y más adecuada a su discurso y métodos.

En segundo lugar, está la relación entre el psicoanálisis y la filosofía y las ciencias sociales, relación que tiene como escenario principal a la universidad y a los foros académicos. Anteriormente anotábamos que Freud señalaba a la filosofía y al discurso de los filósofos de su tiempo, como otro punto de resistencia contra el psicoanálisis, además del que proviene de los médicos. El planteamiento de Freud tiene que ver con la negación de la existencia del inconsciente freudiano que los filósofos contemporáneos exhibían, porque, según Freud: “Lo psíquico de los filósofos no era lo psíquico del psicoanálisis. En su gran mayoría, ellos llaman psíquico sólo a lo que es un fenómeno de conciencia. El mundo de lo consciente coincide, para ellos, con la extensión de lo psíquico” (Freud, 1924-25/1976b, p. 230).

En la actualidad, algo de esto ha cambiado porque algunos filósofos actuales y presentes, especialmente después de la obra de Jacques Lacan, toman en cuenta al inconsciente freudiano y lacaniano, e incluso lo mencionan en sus escritos y reflexiones. Lo mismo podríamos decir del interés que en el momento presente muchos antropólogos, sociólogos y politólogos expresan por el psicoanálisis, y que se manifiesta por la lectura y la discusión de las teorías de Freud y Lacan, aunque ello no los conduzca necesariamente a una demanda clínica. En nuestro medio, muchas veces observamos que ese interés no se traduce en una lectura de los textos freudianos y lacanianos, sino más bien en el estudio de autores como Slavoj Žižek, a quien muchos filósofos y sociólogos encuentran más accesible y erigen como “autor psicoanalítico de cabecera”.

En tercer lugar, está el asunto de las relaciones entre el psicoanálisis y la psicología, en las universidades y fuera de ellas. Aunque Freud no lo mencionaba en su escrito, bien podríamos pensar que la psicología es un tercer punto de resistencia contra el psicoanálisis en el mundo actual, dentro y fuera de las universidades. La construcción de la psicología como una carrera universitaria y como una profesión con subespecialidades, a lo largo del siglo XX, determinó la incorporación de la enseñanza teórica de las nociones y conceptos del psicoanálisis al pensum de la carrera, en la mayor parte de las universidades del mundo occidental. Esta incorporación se ha hecho más evidente a medida que los psiquiatras han ido perdiendo el interés por el psicoanálisis, y no está exenta de malentendidos y dificultades.

Por un lado, la inclusión del psicoanálisis en los programas universitarios de psicología ha dependido siempre de las tendencias y orientaciones ideológicas y políticas de las autoridades universitarias y de los docentes, antes que de su posición ante la ciencia o ante la práctica clínica. Por ese motivo, siempre ha habido universidades más “psicoanalíticas” que otras, e incluso en algunas de ellas se ha

dado un rechazo franco a la teoría psicoanalítica, sin argumentos ni conocimiento de la materia.

En este punto, es importante volver a lo que Freud nos advertía sobre la inclusión del psicoanálisis en la formación médica. Él sabía que tal enseñanza sólo podía ser “dogmático-crítica”, es decir “teórica”, ya que la clínica psicoanalítica no es algo que se puede mostrar ni enseñar en la universidad de la misma manera que la semiología y la clínica de los médicos. Es un asunto de discurso y estructura. Sin embargo, Freud no podía anticipar que lo “dogmático” y lo “crítico” resultarían premonitorios para ubicar algunos de los problemas actuales de la inclusión del psicoanálisis como un saber teórico en los programas de las carreras de psicología.

En cuanto al problema de lo “dogmático”, los problemas epistemológicos de la psicología y la ausencia o inconsistencia de formación práctica clínica en la mayoría de las facultades de psicología, aunados a la posición de muchos profesores, determina que la carrera de psicología sea el escenario donde frecuentemente se representa una discusión supuestamente “teórica” entre profesores/profesores, estudiantes/estudiantes y profesores/estudiantes, acerca de “cuál es la mejor teoría, la más científica y la que sustenta la mejor clínica”. Se trata de una discusión habitualmente dogmática, que podría ser “todos contra todos”, pero que generalmente y por diferentes razones, termina resultando “psicoanálisis contra resto de las teorías”.

El porqué el psicoanálisis está muchas veces en el centro de esas polémicas dogmáticas, es algo que puede responderse desde varias perspectivas, y básicamente desde el punto de vista de los defensores y el de los detractores. Pero las peleas rara vez tienen que ver con los argumentos teóricos o científicos y más bien pasan por los efectos de la *transferencia* en la universidad. Considerada por Freud como “el mayor obstáculo y el motor fundamental de la cura psicoanalítica” y por Lacan como uno de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, la *transferencia* se presenta de diferentes maneras y tiene diferentes funciones según cómo y dónde se presente.

Por un lado, no es exclusiva del tratamiento psicoanalítico y más bien se presenta en la vida cotidiana en las diferentes relaciones de la gente porque “todo ser humano, por efecto conjugado de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa... dando como resultado un clisé (o también varios) que se repite -es reimpreso- de manera regular en la trayectoria de la vida” (Freud, 1912/1976c, p. 97-98). En este sentido, la transferencia está ligada a una repetición inconsciente en la vida ordinaria, que se expresa mediante afectos que se deposita en personas y que tiene un carácter eminentemente imaginario.

Es así como se presenta la transferencia en la universidad: transferencia de los estudiantes hacia los compañeros y hacia los profesores, y transferencia de los profesores hacia sus colegas y hacia los estudiantes. De modo secundario, transferencia de los estudiantes hacia las teorías y los autores que los profesores representan, las cuales están cargadas de afectos que pueden ser muy intensos, y que aparentemente marca también “... un momento muy significativo, el de la

transmisión de poderes del sujeto al Otro, que llamamos el gran Otro, el lugar de la palabra, virtualmente el lugar de la verdad” (Lacan, 1987, p. 135).

Esta presentación de la transferencia, a la que podríamos llamar momentáneamente “ordinaria”, presente en la vida social cotidiana y en la vida de las instituciones, no es exactamente la misma que tiene lugar en el proceso psicoanalítico, aquella que permite sostener la cura psicoanalítica. Aunque ambas tienen que ver con el inconsciente y la repetición, la transferencia “ordinaria” se toma como la verdad de los afectos y no tiene manera de pasar por el análisis; el problema es que la transferencia “ordinaria” es la que determina nuestros afectos comunes y por esa vía orienta nuestras acciones, nuestras posiciones y nuestras decisiones en la vida diaria. Los supuestos debates que se dramatizan en la universidad y que toman como pretexto a las teorías y a los autores, están sostenidos desde este tipo de transferencia y sus afectos con los profesores y con los estudiantes.

¿A dónde puede llevar este tipo de “debates” en la universidad? A otra lectura de lo que Freud llamaba en 1919 una enseñanza “dogmático-crítica”. En la medida que los estudiantes no han pasado por un proceso psicoanalítico y muy pocos profesores lo han hecho, las discusiones sobre el valor de las teorías y de los autores se exponen desde una posición dogmática, para desde allí ejercer una crítica hacia todas las demás teorías que no son la propia, pretendiendo que la propia es la única que sirve. Por esta vía retomamos el problema de porqué el psicoanálisis está frecuentemente en el ojo del huracán de esas polémicas que no llevan a ningún lado.

Si en sus escritos, Sigmund Freud sostuvo siempre la especificidad de su descubrimiento y las distinciones con otras teorías y prácticas clínicas, en Jacques Lacan ese afán lo llevó a una crítica frecuente y más o menos argumentada (desde su posición conceptual) de otras teorías y clínicas. Por la vía de la transferencia con estos maestros y autores, los docentes universitarios que mantienen una enseñanza del psicoanálisis, podrían sostenerla de manera “dogmático-crítica” y arrastrar a los estudiantes que están en transferencia con ellos, a una polémica permanente con estudiantes y profesores que representan supuestamente a otras corrientes. A mi manera de ver, esta es una de las razones por las cuales el psicoanálisis está habitualmente en el centro de este tipo de discusiones.

Según lo que propongo, los profesores que mantenemos una enseñanza que intenta sostenerse en el discurso psicoanalítico, tenemos una responsabilidad en este fenómeno universitario del “psicoanálisis *versus* resto de las teorías y prácticas clínicas”. A ello podríamos añadir lo que Freud señalaba en su breve documento en el sentido de que la enseñanza del psicoanálisis en la universidad, ya sea en las carreras de medicina o de psicología, no puede ser “práctica” ni “experimental” porque las condiciones estructurales de la universidad y de su discurso no lo permiten. La práctica del psicoanálisis llamado “didáctico”, es decir aquel por el que pasan los candidatos a psicoanalistas, no puede ser impuesta a los estudiantes de psicología, algunos de los cuales quizás demandarán algún otro tipo de terapia para sí mismos... o ninguna.

No se puede imponer el pasaje por ningún tipo de terapia como un requisito curricular universitario, en ausencia de una genuina demanda terapéutica que provenga del propio sufrimiento o de la conciencia de los conflictos y del deseo de

dilucidarlos y resolverlos. Desde el punto de vista de la clínica psicoanalítica, no siempre la elección de la psicología como una carrera y como una profesión se apoya solamente en consideraciones “vocacionales” o científicas. Probablemente en muchos casos tal elección participa de una determinación “sintomática” (la psicología como un síntoma), que no todos los estudiantes de psicología están dispuestos a admitir en sí mismos y a poner en cuestionamiento en un espacio clínico.

El hecho de que la elección universitaria de la psicología sea un síntoma del sujeto, no descalifica esta elección ni inhabilita *per se* al candidato a psicólogo para ese ejercicio posterior, pero quizás en parte explica el fenómeno de la significativa deserción universitaria de la carrera de psicología, y el hecho de que un número importante de los egresados y graduados terminan trabajando en actividades y sectores que poco tienen que ver con la psicología. Aunque sostengo que no se puede obligar a los estudiantes a demandar un proceso psicoterapéutico o psicoanalítico, como si fuera un requisito académico, sí pienso que la organización de las carreras, escuelas y facultades podría informar a los estudiantes sobre esta opción y a lo mejor incluso podría ponerla a su disposición. Supongo que lo mismo podría hacer para los docentes, aunque muchos de ellos creen que ya tienen absolutamente claras las cosas.

Referencias.

- Derrida, J. (1997). *Resistencias del Psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.
- Freud, S. (1919/1976a). “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?”, en *Obras completas Volumen XVII*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1924-25/1976b). “Las resistencias contra el psicoanálisis”, en *Obras completas volumen XIX*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1912/1976c). “Sobre la dinámica de la transferencia”, en *Obras completas volumen XII*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Lacan, J. (1987). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. (1992). *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.
- Safouan, M. (1984). *Jacques Lacan y la cuestión de la formación de los analistas*. Buenos Aires. Paidós.
- Vandermersch B., Chemama R., compiladores (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires. Amorrortu.